

Emma Goldman

El anarquismo y otros ensayos

Traducción de Alejandro Pradera



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Anarchism and Other Essays*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y las notas: Alejandro Pradera, 2021
© de la presentación: Ana María Muiña Fernández, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-308-5
Depósito legal: M. 4.936-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Emma Goldman, la persistencia de la rebeldía
El anarquismo y otros ensayos	
37	Prefacio
43	El anarquismo: lo que significa realmente
66	Minorías contra mayorías
78	La psicología de la violencia política
111	Las cárceles: crimen y fracaso social
131	El patriotismo: una amenaza para la libertad
152	Francisco Ferrer y la Escuela Moderna
175	La hipocresía del puritanismo
187	El tráfico de mujeres
208	El sufragio femenino
227	La tragedia de la emancipación de la mujer
241	El matrimonio y el amor
256	El teatro moderno: un poderoso divulgador del pensamiento radical

Emma Goldman, la persistencia de la rebeldía

Emma Goldman junto a Rosa Luxemburg han sido, internacionalmente, las dos revolucionarias más importantes de finales del siglo XIX y del XX; una, en el campo anarquista, y la otra, en el socialista. Sus vidas corrieron en paralelo, las dos combinaban pensamiento y acción, eran casi de la misma edad, judías, nacidas en los confines anexionados al Imperio ruso, encarceladas en múltiples ocasiones y exiliadas en varios países. Sus huellas conducen a otra precursora del siglo XVIII estimada por ambas activistas, la escritora y filósofa feminista Mary Wollstonecraft. Mujeres irrepetibles.

La notoriedad de esta «anarquista de ambos mundos» —como la definió quien fuera secretario general de la CNT, José Peirats, en su libro biográfico sobre Emma Goldman— emerge con prontitud. Repasando minuciosamente la prensa norteamericana, de 1888 a 1922, impacta comprobar la cantidad de primeras planas de los

grandes periódicos de varios Estados dedicadas a Emma, con su nombre compuesto por las cajas tipográficas como titular a cinco o seis columnas e ilustrando las informaciones con su rostro dibujado a tinta o grabado. *The Evening World* (Nueva York, 4 de octubre de 1893) informa de que «la reina de los anarquistas neoyorquinos» (como la prensa la apodó) está siendo enjuiciada. El presidente Teddy Roosevelt la llamó «loca... una pervertida tanto mental como moral», argumentos de peso en línea con otras barbaridades que profería: «Los anarquistas son los enemigos de la Humanidad, de toda la Humanidad, y su grado de criminalidad es más profundo que ningún otro». El diario *The New York Times* dijo que era una «extranjera malévola... separada de la masa de la humanidad». *The San Francisco Call* la describió como una «criatura despreciable... [una] serpiente... incapaz de vivir en un país civilizado». El Gobierno de Estados Unidos, en 1917, no dudó en tildarla de «la anarquista más hábil y más peligrosa de la nación». Cruzando el océano, en la prensa española de 1937 (en el quincenal de actualidad antifascista *Mi Revista*) se afirmaba con acierto que era «la mujer más destacada del anarquismo internacional». Emma, huyendo siempre por causas económicas y políticas de su país de origen, Lituania, había vivido en San Petersburgo, Alemania, en varias ciudades de Estados Unidos, y durante periodos residió en Viena, la URSS, Suecia, Francia, Inglaterra, España, Canadá... Era admirada y temida en todo el mundo con igual vehemencia.

Muchas feministas norteamericanas del *underground* de finales de los años sesenta e inicios de los setenta cre-

cieron oyendo hablar en sus casas de una mujer «de armas tomar», a la que llamaban «Emma la roja», aludiéndola a veces en tono peyorativo y, en otras, como una figura de leyenda.

A finales de la década de 1950, cuando, desde diversos sectores de la sociedad norteamericana se ensalza la prosperidad basada en el consumo y «el fin de las ideologías», en oposición, algunos jóvenes universitarios «radicales» comienzan a redescubrir a Emma Goldman y a dar una nueva dimensión a las múltiples facetas de esta extraordinaria luchadora.

Richard Drinnon será uno de los primeros, dedicándole su tesis doctoral en 1957 y, posteriormente, un libro donde amplía lo investigado, convertido en un referente: *Rebel in Paradise: a Biography of Emma Goldman* (University of Chicago Press, 1961). El historiador quedó fascinado por su personalidad y sus ideas, aunque reconocía que, en su ignorancia y petulancia juvenil, al inicio de sus investigaciones Emma le resultaba rimbombante para ser una mujer y que el anarquismo le parecía una especie de chifladura política.

Y fue Drinnon quien reeditó, con una apuesta gráfica muy sesentera, y prologó una obra de Emma que él consideraba valiosa, olvidada durante décadas entre los polvorientos anaqueles de algunas viejas bibliotecas: *Anarchism and Other Essays* (Nueva York: Dover Publications, 1969), que es la que ahora se presenta.

El rescate de Goldman fue imparable con la emergencia de los nuevos movimientos sociales, particularmente el estudiantil y el de la emancipación de las mujeres, aunque también contribuyó el *underground* o el Mayo del 68.

La revolucionaria llegó a convertirse en un icono del «rojerío» norteamericano. Su nombre, su retrato y sus palabras estaban por todos lados (serigrafiadas y rotuladas en camisetas, banderolas, chapas, carteles...), recordándola como una gran agitadora y teórica de la libertad. Era tal el tirón que tenía, que incluso la famosa frase que todo el mundo le atribuye —«Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa»— jamás la pronunció; fue una invención para comprimir sus amplias reflexiones al respecto en un escueto eslogan de *marketing*, eso sí, alternativo, que cupiera en el anverso de unas camisetas. El lema ficticio se sigue reproduciendo más de 50 años después.

El colectivo Students for a Democratic Society (SDS) —nacido en 1960 en el campus universitario de Michigan y luego en Berkeley, feminista y opositor la guerra de Vietnam, de donde salió la Weather Underground, conocidos como The Weathermen, homenajeando una canción de Bob Dylan— comenzó a interesarse por la historia del anarquismo y del radicalismo en Estados Unidos: los mártires de Haymarket en Chicago, a quienes recordamos en todo el mundo cada Primero de Mayo obrero; los Wobblies, el sindicato anarquista y socialista revolucionario que organizó en 1912 la huelga textil de Pan y Rosas en Lawrence (Massachusetts), uno de los gérmenes del 8 de Marzo; sus miembros se aprendieron las canciones «protesta» de Joe Hill; se lamentaban por las ejecuciones de los inocentes Sacco y Vanzetti, equiparándolas a las injusticias cometidas con los anarquistas de Chicago; y lo sabían todo a cerca de Emma Goldman, Mother Jones y Lucy Parsons, las pioneras.

Fueron los miembros de la SDS quienes, tomando como referente a Emma Goldman, divulgaron el concepto de la democracia participativa u horizontal, cuestionando el derecho al voto parlamentario basado en ilusiones sobre dónde reside el poder real. También fundamentaron su aversión al capitalismo y al militarismo, y volvieron a recuperar el movimiento Free Speech [‘Libertad de expresión’], impulsado por ella. No es anecdótico indicar que la procedencia de los miembros del SDS era mayoritariamente judía como la de Emma, quien tuvo una solidaridad particularmente específica con el pueblo judío. De hecho, muchas de sus conferencias las daba en yidis, la lengua que sobrevivió al exterminio judío, y se consideraba a sí misma «una judía errante».

Esta simpatía hacia Emma en relación con su pensamiento libertario y a sus orígenes judíos igualmente se evidencia en otras grandes figuras de la contracultura norteamericana con la misma identidad cultural y lingüística que ella, como Noam Chomsky, Abbie Hoffman y los *yippies*, y Howard Zinn, quien nos ha dejado *Emma: A Play in Two Acts*, una obra de teatro puesta en escena en 1976. Zinn la describe así: «Emma parecía incansable mientras viajaba por el país dando conferencias, en todas partes, a grandes audiencias sobre el control de la natalidad (“una mujer debe decidir por sí misma”), sobre los problemas del matrimonio como institución, sobre el patriotismo (“el último refugio de un sinvergüenza”), sobre el amor libre (“¿qué es el amor, si no es libre?”), y también sobre el drama en literatura (Shaw, Ibsen, Strindberg)».

El cine se hizo eco de la importancia social que tuvo y, entre mediados de los setenta y el inicio de los ochenta, aparecen varios filmes exitosos donde la escritora anarquista tiene personaje; y tampoco es casual la procedencia judaica de sus creadores. En *Ragtime* de Milos Forman, basado en una conocida novela con el mismo título de Edgar Lawrence Doctorow, escrita en 1975, se reconstruye la ebullición social de la ciudad de Nueva York de 1902 a 1912. Emma Goldman aparece vinculada a la famosa actriz y modelo Evelyn Nesbit, quien recibió una fuerte suma de dinero para hacer frente a unos juicios que no podía afrontar económicamente y, en vez de usarla, se lo donó a Emma, quien posteriormente se la entregó al periodista y activista John Reed. También aparece en pantalla en *Hester Street*, de la directora Joan Micklin Silver, que cuenta la historia de los inmigrantes judíos que llegan a Nueva York en 1896. Aunque de todas ellas, la más conocida en el Estado español sea *Reds* (*Rojos*, 1981), dirigida, producida, escrita y protagonizada por Warren Beatty, con Maureen Stapleton en el papel de Emma, nominada a varios premios.

¿Pero quién fue realmente Emma la roja?

Emma Goldman era una fuerza de la naturaleza. No conocía el miedo. La rebeldía se había manifestado en su carácter desde pequeña. Nacida en 1869, la vida que llevó era impensable para la hija de una familia judía de clase media-baja de Kaunas, Lituania, entonces anexionada al Imperio ruso. Una niña ignorada por su madre y a la que su padre, gerente de una posada, maltrataba, golpeaba y castigaba con crueldad. Igualmente le negaba el acceso a los estudios secundarios, a pesar de su notable

inteligencia. Cuando Goldman le pidió permiso para seguir instruyéndose, el padre-padrone arrojó sus libros al fuego, gritándole: «Todo lo que una hija judía necesita saber es cómo preparar el pescado *gefüllte*, cortar bien los fideos y darle al hombre muchos hijos»¹.

La familia se traslada a San Petersburgo en busca de una vida mejor. Su padre trabaja como gerente de una tienda de ultramarinos. En su casa se hablaba yidis y ruso. En la ciudad de los canales y ríos, Emma toma conocimiento de la causa nihilista que defendían Nekrasov, Turguénev, Chernishevsky, Vera Zasluch, Sofia Perovskaia y otras muchas personalidades que renegaron de su origen aristocrático uniéndose al pueblo para que tomara conciencia de su deplorable situación; por eso se les conocía como *narodnik* ('ir al pueblo'). La joven pudo informarse de la represión zarista contra estos círculos revolucionarios donde militaba su tío materno y, también, quien años más tarde sería uno de sus mejores amigos, Kropotkin. Nuestra protagonista, con 17 años, trabajaba duramente en una fábrica de corsés y luego en otra de guantes, sufriendo la explotación como las demás obreras.

Emma era una de esas mujeres fuertes que no se dejan dominar por nadie, ni siquiera por un progenitor autoritario, que además intenta casarla por la fuerza siendo una adolescente. «No me sometería a sus planes, quería estudiar, conocer la vida, viajar», recordaba en sus memorias, alegando páginas más adelante: «nuestro mutuo antagonismo, en mí se había convertido en odio». Y, re-

1. Emma Goldman (1995): *Viviendo mi vida*.

sueltamente, sin pensarlo, huye del asfixiante ámbito familiar y del antisemitismo imperante en la Rusia de los Romanov.

Con ilusión, parte con su hermana Helene hacia el paraíso americano de la libertad. Llega a Estados Unidos en 1885. En 1887 ahorcaban en Chicago a Albert Parsons, August Spies, Adolf Fischer y George Engel (Louis Lingg se suicidó en su celda para no ser ejecutado), los llamados Mártires de la plaza de Haymarket. Este impacto marcaría el derrotero que iba a seguir en su vida. El paraíso americano se le revelaba, de golpe, tan infernal como el zarista. Se quedó espantada de que la «libre y democrática América», equiparándose a las «corruptas y opresoras monarquías de Europa, como Alemania, Rusia o España», enviara a la muerte a aquellos inocentes. Ese era el paraíso capitalista. Los asesinados acabaron por decidir el ideario revolucionario y anarquista de Emma Goldman. Con el resplandeciente entusiasmo tan característico de su naturaleza decidió dedicar toda su energía a la emancipación de la esclavitud asalariada. Su labor periodística en la prensa obrera comienza en este momento. De agosto y diciembre de 1889 colabora en el conocido periódico *The Freiheit*, de Johann Most, para organizar la conmemoración de los Mártires de Chicago. Le siguieron cientos de cabeceras hasta que decide fundar su propia revista, *Mother Earth*, en 1906, hecho que no le impidió seguir publicando en los medios anarquistas de todo el mundo.

Se establece en Rochester, ciudad del Estado de Nueva York, en la casa de su hermana Lena. Como tantas otras inmigrantes, cose para ganarse la vida de 10 a 14 horas

diarias (la promulgación de jornada laboral de las 8 horas extensiva a la clase obrera la consiguieron las prolongadas luchas anarquistas años después). Sufre el acoso sexual de sus patronos. Comprueba la pasión norteamericana que existía por el dinero y, a la par, la explotación despiadada hacia las gentes trabajadoras, en su mayoría migrantes de otros países más empobrecidos.

Contrae matrimonio y, aunque dura un año, la experiencia le resulta tan importante —«la vida se volvió insoportable»— como para no repetirla. Respecto a su separación matrimonial diría: «fui inmediatamente condenada al ostracismo por toda la población judía de Rochester. No podía ir por la calle sin sentirme despreciada y acosada. Mis padres me prohibieron entrar en su casa y, de nuevo, sólo Helene se mantuvo a mi lado». Comienza a escribir sobre el tema, primero en *The Firebrand*, en su artículo periodístico de 1897 «Marriage» ('Matrimonio') donde concluye: «El matrimonio, la maldición de tantos siglos, la causa de los celos, el suicidio y el crimen, debe ser abolido si deseamos que la generación joven crezca como hombres y mujeres sanos, fuertes y libres».

Más adelante volverá sobre este asunto en «El Matrimonio y el amor» (1910): «El matrimonio y el amor no tienen nada en común: están tan separados como los polos: y en realidad, son antagónicos entre sí. [...] Que el matrimonio es un fracaso es algo que no niegan más que los muy estúpidos. No hay más que echar un vistazo a las estadísticas sobre divorcios para darse cuenta del fracaso tan amargo que es en realidad el matrimonio».

Para escapar de este *escándalo*, su hermana le pagó, de sus escasos ingresos, el billete a Nueva York. En 1889, con 20 años, sola y sin conocer a nadie salvo a su tía, se instala en el gris-sucio East End, el Lower East Side neoyorquino, uno de los barrios más míseros de entonces, repleto de gentes inmigrantes y la zona de las fábricas textiles que ardían demasiado a menudo con las obreras dentro, como la Triangle Shirtwaist Factory. Se une al movimiento anarquista de los inmigrantes judíos, asociándose con el veterano y conocido anarquista alemán Johann Most, y el mucho más joven Alexander Berkman, Sasha, inmigrante judío ruso como ella. Con ambos practica las relaciones de «amor libre», aunque con Berkman estaría unida hasta su muerte. La pareja de amantes y amigos, en 1892, creía ciegamente en el rebelde resurgir de la clase obrera americana. Y Sasha jugó un papel decisivo en otra lucha obrera clamorosa: Homestead².

En Homestead, Pensilvania, existía una empresa siderúrgica del magnate Henry Clay Frick quien, al declararse una huelga en 1892, recurre a los famosos detectives y matones rompehuelgas Pinkerton (el ojo que nunca duerme era su emblema); tampoco duda en avisar al Ejército, que comete una masacre. Emma y Sasha deciden que, para llamar la atención sobre aquel suceso sangriento cuya víctima era, como siempre, la clase obrera, debían acabar con la vida del magnate. Pero no tenían dinero para afrontar la acción. Siempre andaban sin un

2. Véase, Louis Adamic (2017, orig. 1931): *Dinamita. Historia de la violencia de clases en Estados Unidos*, La Linterna Sorda Ediciones.

mísero dólar. Berkman y Emma, por fin, consiguen reunir el dinero para hacerse con una pistola y viajar a Pensilvania, pero únicamente tienen para un billete. Sasha, con nula destreza en el manejo de las armas, sólo hiere al empresario y tampoco consigue tragarse el veneno que llevaba preparado para matarse, pues preveía que le iban a detener y condenar a muerte. Le caen 21 años de presidio aunque finalmente pasa 14, y cientos de polizontes siguen el rastro de la intrépida Emma. Su opinión sobre el ilegalismo, la mal llamada «propaganda por el hecho», quedaría plasmado en varios escritos, entre otros, en «La psicología de la violencia política» (1917).

Emma no dejaba de darle vueltas al asunto monetario para comprar el arma de fuego. En un momento desesperado –relata José Peirats– «piensa en Sonia, la heroína de Crimen y castigo, de Dostoyevski, que se prostituyó para socorrer a su familia. Y piensa en el sacrificio de las heroínas nihilistas. Una noche de julio de 1892, cubierta de burdas galas, se lanza por la Calle 14 a la caza del *cliente*. En el momento preciso, vacila, y la empresa se reduce a un estéril vagar hasta horas avanzadas. Cuando al fin se decide, el escogido es un sesudo puritano que se limita a hacerle un discurso edificante y para que “reha-ga su vida” le regala 10 dólares». Emma, entonces tenía 23 años, y aunque personalmente nunca se ganó la vida con su cuerpo, sí conocía a sus vecinas prostitutas, sus padecimientos y su generosidad. Cuando era perseguida por la policía o le negaban el alojamiento, hechos que sucedían muy a menudo, sólo las prostitutas del barrio le daban cobijo. Esa proximidad con la explotación sexual de las mujeres y su simpatía hacia quienes la padecían re-

vertió en una obra clave para ciertos sectores de los movimientos feministas de los setenta e incluso en la actualidad: «El tráfico de mujeres» («The Traffic in Women», 1910), que se recoge en el presente volumen. En este texto argumenta que la principal causa de la esclavitud «blanca» es la explotación capitalista, en todas sus formas, siendo la prostitución una de las más penosas. Goldman hace una crítica brillante, como hizo de igual modo «la Rosa roja»³, al papel que han desempeñado las iglesias cristianas en el fomento y mantenimiento histórico de la prostitución. Emma equipara el matrimonio con la prostitución, argumentando que en ambos casos las mujeres son vendidas y tratadas como esclavas. De otro lado, subraya que el doble rasero que rodea a la sexualidad masculina y femenina presiona a las mujeres que realizan actividades sexuales fuera del matrimonio a una vida de prostitución: «así la sociedad crea las víctimas de las que después intenta deshacerse en vano». En otro escrito dirá: «La hipocresía del puritanismo», insiste sobre estos argumentos.

La pensadora radical irá a prisión en 1893, acusada por la Corte penal de Nueva York de incitación a la revuelta. El veredicto marcó un precedente, al ser la primera mujer en Estados Unidos condenada a prisión por delitos políticos con penas dilatadas. La prensa cubrió la información ampliamente. El diario *The Evering World*, del 4 de octubre de 1893, abrió sus páginas afirmando que: «Emma Goldman no parece peligrosa. Es pequeña, tiene

3. Véase, Ana Muiña (2019): *Rosa Luxemburg en la tormenta*, La Linterna Sorda Ediciones.

una tez suave, clara, y un rostro lleno de inteligencia. Conversa fluidamente. Cuando habla, su cara se ilumina y resulta prácticamente hermosa, a pesar de la pronunciada y extraña forma de la barbilla y de la mandíbula inferior».

Encerrada en la cárcel de Blackwell's Island, cuidó de las enfermas hospitalarias con los rudimentarios conocimientos que el doctor de la prisión le daba, y se hizo cargo de la sala de enfermería con 16 camas, así como de la distribución de alimentos a las enfermas reclusas. Sus amistades le llevaban libros y en la prisión había una biblioteca. Tuvo la oportunidad de estudiar a fondo el idioma inglés y su literatura. Otro gran conocedor del movimiento anarquista estadounidense, Paul Avrich (*Anarchist Portraits*, 1988), indica que Emma se familiariza con los grandes escritores norteamericanos. En Bret Harte, Mark Twain, Walt Whitman, Thoreau y Emerson encontraría grandes tesoros. Profundiza en las obras de Nietzsche y de Ibsen, del que será una gran especialista y traductora. Sale de Blackwell's Island en agosto de 1894, convertida en una mujer de 25 años, más madura y transformada intelectualmente.

Las prisiones, según Emma, fueron su escuela de aprendizaje. «Todo se mezclaba en una parodia fantasmagórica y burlona de oscuridad y desesperación». «En la soledad y el aislamiento de la celda –añade– uno encuentra el valor para enfrentarse a la desnudez de la propia alma. Sí se sobrevive a la prueba, no te hiere tan fácilmente la desnudez de otras almas». Reconoce que «en los últimos 20 años de mi actividad pública siempre había tenido hasta el último minuto la incertidumbre de si

me estaría permitido hablar o no, o si dormiría en mi propia cama o sobre una tabla en la comisaría».

Ante ese desasosiego de no saber si visitaría el calabozo o no, siempre iba provista de un pequeño maletín donde guardaba una muda, los productos de higiene básicos y un libro. Sus periplos se recogen en su ensayo «Las cárceles: crimen y fracaso social», aparecido originalmente en *Mother Earth*, y luego en *El anarquismo y otros ensayos*.

A mediados de 1896, vuelve a tener problemas con la policía. Emma siempre estuvo muy pendiente de lo que sucedía en las tierras de España; admiraba el empuje obrero y la determinación del anarquismo español. La activista, en colaboración con los grupos anarquistas italianos y españoles, organiza una fuerte campaña para protestar y manifestarse en el Consulado español de Nueva York, con motivo de los procesos militares a 87 anarquistas catalanes muy destacados, como Teresa Claramunt, y de las torturas indescriptibles que les infligieron en la fortaleza de Montjuïc (Barcelona), a causa de la bomba del día del Corpus en la calle Canvis Nous. Hubo más de 400 detenciones y el escándalo trascendió internacionalmente, pidiendo la revisión del juicio hasta 1898. Nuestra protagonista ya era una famosa oradora, conocida por hablar con claridad y fino sarcasmo. Así que en el transcurso de dicha manifestación le preguntan: «¿No cree que se debería matar a alguien de la delegación diplomática española en Nueva York como venganza, dadas las graves torturas que se han cometido?». Ella, precavida por si era un policía infiltrado quien la interpelaba, contesta provocativamente: «No, no creo que ninguno

de los representantes españoles en Nueva York sea lo suficientemente importante como para que se le mate, pero, si estuviéramos en España ahora, mataría a Cánovas del Castillo». Sería otro anarquista, Michele Angiolillo, quien le tomaría la palabra. Y después del atentado en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda, en el que pereció el presidente del Consejo de Ministros, Emma no tendría un minuto de respiro, acosada por los periodistas y la policía.

Desde su salida de prisión en octubre de 1894 había estado atendiendo a las mujeres y niños de su barrio paupérrimo y en el Hospital Beth Israel como enfermera no titulada. Viaja a Europa para estudiar medicina en Viena, en el Hospital General. Quería ser una gran enfermera y comadrona. Obtiene dos títulos en 1896, uno de obstetricia y otro de enfermería. En esta ciudad escucha un ciclo de conferencias de Sigmund Freud: «Su sencillez y seriedad, y su mente brillante se combinaban para darle a uno la sensación de ser guiado desde un sótano oscuro a la luz del día. Por primera vez, capté la gran importancia de la represión sexual y sus efectos sobre el pensamiento y las acciones humanas». Asiste a todo tipo de eventos culturales, disfrutando especialmente con la ópera de Wagner y las interpretaciones de Eleonora Duse. Lee sin parar a los modernos, profundizando en «la magia del lenguaje de Nietzsche».

Antes de llegar a la ciudad del Danubio da una serie de conferencias en Holanda, Inglaterra y Escocia. De sus charlas en Londres recuerda: «Me hice famosa rápidamente; en cada mitin la multitud era cada vez más numerosa». En esta ciudad residían exiliados un buen número

de anarquistas. Conoce a Louise Michel, la famosa comunera: «su sonrisa era tan tierna que ganó mi corazón inmediatamente». Contacta con Errico Malatesta, una persona «muy amable», aunque por cuestiones idiomáticas hablaron poco. Y se encuentra con su admirado teórico del comunismo libertario: «Mi visita a Piotr Kropotkin me convenció de que la verdadera grandeza siempre va unida a la sencillez. Él era la personificación de ambas. La lucidez y brillantez de su mente se combinaban con su bondad para formar, en un todo armonioso, una personalidad amable y fascinante». La amistad con el *príncipe anarquista* que «renunció a su linaje como sucesor directo del trono de Rusia», permanecerá de por vida. En 1901, Kropotkin fue invitado por el Instituto Lowell de Boston a dar una serie de conferencias sobre la literatura rusa, de la que era considerado en su tiempo como uno de los máximos especialistas. Era su segunda gira americana, con miles de asistentes en sus encuentros, generaba mucha expectativa en el movimiento anarquista. Emma Goldman escribió a Kropotkin antes de su viaje comentándole que podía organizarle una serie de conferencias y logró obtener su consentimiento. Todas las conferencias fueron recogidas y publicadas en Nueva York cuatro años después –sospechamos que con el apoyo de Emma– en un libro: *La literatura rusa, los ideales y la realidad*⁴.

Emma Goldman sigue viviendo su vida. Durante la guerra hispano-estadounidense, el espíritu chovinista, el

4. Piotr Kropotkin (2014, orig. 1905): *La literatura rusa, los ideales y la realidad*, La Linterna Sorda Ediciones.

patriotismo exacerbado alentando la guerra estaba en un punto álgido. Para contrarrestarlo y, al mismo tiempo, recaudar fondos en apoyo al movimiento revolucionario cubano, se une a sus compañeros anarquistas latinos exiliados en Norteamérica, entre otros al español Pedro Esteve y a los italianos Gori, Merlino y Ferrara. En 1899 se embarca en otro viaje prolongado, terminando en la costa del Pacífico. Las repetidas detenciones y acusaciones, marcarán cada gira de propaganda.

En noviembre del mismo año emprende una segunda gira de conferencias por Inglaterra y Escocia. Cierra el viaje en París acompañado de su amigo, el escritor checo-estadounidense Hippolyte Havel. La pareja se queda un mes en la ciudad conociendo a fondo la cultura y los círculos anarquistas franceses. «Pero —explica Emma— también había venido a París por otro propósito. Era hora de empezar el trabajo preliminar para el congreso». Ambos asisten y participan activamente en el llamado Primer Congreso Internacional anarquista, en septiembre de 1900. Este encuentro importante —que se llevaba preparando desde el entorno libertario un par de años antes como alternativa a los congresos socialistas, aprovechando la Exposición Universal en París—, realmente tuvo el nombre de Congreso Revolucionario Internacional de París, aunque investigando al respecto, en otros documentos de la época, también aparece como Congreso Internacional de Librepensadores, organizado por la Federación Internacional de las Sociedades de Librepensadores. Goldman lo cita como el «Congreso Neomalthusiano», relatando que «las sesiones tendrían que ser secretas, pues el Gobierno francés